

Algis Budrys
**EL LABERINTO
DE LA LUNA**

La novela considerada como «la mejor obra literaria de ciencia ficción de los años sesenta», por fin en español



El científico Ed Hawks ha creado el transmisor de materia, una máquina increíblemente poderosa que puede enviar a un hombre a la Luna al tiempo que crea un duplicado suyo aquí en la Tierra. Pero todos los voluntarios que son enviados a la Luna mueren unos pocos minutos más tarde en el laberinto alienígena que ha sido descubierto allí, mientras que sus duplicados terrestres, unidos telepáticamente a ellos, se ven sumidos en la locura. Hasta que aparece Al Barker, un aventurero que ha pasado toda su vida desafiando a la muerte, y que ahora está dispuesto a desentrañar definitivamente ese desafío alienígena...

El laberinto de la Luna es una obra soberbia, que combina los elementos de intriga y emoción más tradicionales de la ciencia ficción con los niveles más profundos y simbólicos de lectura. Una obra de la que James Blish ha dicho: «Es una auténtica obra maestra, mucho más que impresionante... es un auténtico monumento».

A Larry Shaw,
Editor Viajero.

*¡Detente, Pasajero!
Tal como eres tú ahora, así fui yo un día.
Tal como soy yo ahora, así serás tú un día.
Prepárate para la muerte, y sígueme.*

—Epitafio de una lápida en Nueva Inglaterra.

UNO

1

A última hora de un día de 1959, tres hombres estaban sentados en una habitación.

Edward Hawks, Doctor en Ciencias, acomodó su larga mandíbula en sus enormes manos y se inclinó hacia delante con los codos apoyados sobre la mesa. Era un hombre de cabello negro, piel pálida y desgarbado, que en muy contadas ocasiones tomaba el sol. Si se le comparaba con el personal de jóvenes ayudantes bronceados que tenía a sus órdenes, siempre recordaba a los extraños a un espantapájaros. Ahora observaba a un hombre joven que se hallaba sentado en la silla de respaldo recto opuesta a la de él.

El hombre joven miraba sin parpadear. El corte de pelo casi al cero brillaba por el sudor y le pegaba el cabello al cráneo. Sus rasgos eran limpios, saludables y de piel clara; sin embargo, tenía la barbilla húmeda.

—Una oscuridad... —dijo con tono quejumbroso—, una oscuridad, y en ningún lugar brillaban las estrellas...

Su voz se perdió repentinamente en un farfalleo; no obstante, prosiguió con sus quejas.

Hawks miró a su derecha.

Weston, el psicólogo recién contratado, se sentaba con ellos en un sillón que había traído al despacho de Hawks. Weston, al igual que Hawks, apenas sobrepasaba los cuarenta años. Pero era fornido donde Hawks era delgado; detrás de sus gafas de montura negra, era una persona educada y con autocontrol, y ahora se mostraba un poco impaciente. Frunció el ceño al devolverle la mirada a Hawks y, luego, enarcó una ceja.

—Está loco —le expuso Hawks, como un niño incrédulo.

Weston cruzó las piernas.

—Ya se lo he dicho, doctor Hawks; se lo dije en el momento mismo en que lo sacamos de ese aparato de usted. Lo que le sucedió traspasó el límite de su resistencia.

—Sé que me lo ha dicho —reconoció Hawks con suavidad—. Pero yo soy responsable de él. Tenía que cerciorarme. —Comenzó a volverse hacia el hombre joven; luego miró de nuevo a Weston—. Era joven. Saludable. Con una resistencia y una estabilidad excepcionales, usted mismo lo confirmó. Y lo aparentaba. Era brillante —añadió lentamente.

—Dije que era estable —explicó Weston con la mayor seriedad—. Sin embargo, no afirmé que fuera inhumanamente estable. Le comenté que se trataba de un espécimen humano extraordinario. Fue usted el que le envió a un lugar al que no debería ir ningún humano.

Hawks asintió.

—Tiene razón, por supuesto. Es culpa mía.

—Vamos, vamos —intervino Weston con rapidez—, se presentó voluntario. Sabía que era algo peligroso. Sabía que corría el riesgo de morir.

Sin embargo, Hawks estaba ignorando a Weston. Miraba directamente por encima de su escritorio.

—¿Rogan? —llamó con suavidad—. ¿Rogan? —Aguardó y observó cómo los labios se movían casi en silencio. Finalmente, suspiró y le preguntó a Weston—: ¿Puede hacer algo por él?

—Curarle —repuso Weston con confianza—. Tratamientos de electrochoque. Le harán olvidar lo que le ocurrió en aquel lugar. Estará bien.

—No sabía que la amnesia producida por el electrochoque fuera permanente.

Weston parpadeó y miró a Hawks.

—Tal vez, esporádicamente, necesite tratamientos repetitivos, por supuesto.

—A intervalos a lo largo de toda su vida.

—Eso no siempre es verdad.

—Pero sí a menudo.

—Bueno, sí...

—Rogan —susurró Hawks—. Rogan, lo siento.

—Una oscuridad..., una oscuridad... Me lastimó y era tan fría..., tan tranquila que me podía escuchar a mí mismo...

Edward Hawks, Doctor en Ciencias, atravesaba a solas el suelo de cemento del laboratorio principal, con las manos a los costados. Eligió un camino entre los generadores y las consolas sin alzar la vista, y se detuvo al pie de la plataforma de recepción del transmisor de materia.

El laboratorio principal ocupaba decenas de miles de metros cuadrados en el sótano del edificio de la División de Investigación de la Continental Electronics. Un año atrás, cuando Hawks había diseñado el transmisor, parte de la primera y la segunda planta habían sido arrancadas, y ahora el transmisor se elevaba casi hasta el techo a lo largo de la pared opuesta. Pasarelas metálicas unían los espacios contiguos, y se construyeron galerías para acceder a los instrumentos que se alineaban en las paredes. Docenas de hombres del personal de Hawks aún seguían trabajando, haciendo comprobaciones finales antes de apagar los aparatos por ese día. Las sombras que proyectaban sobre las pasarelas ocultaban de vez en cuando parte de la luz de arri-

ba, moteando el suelo con cambiantes dibujos de oscuridad.

Hawks se quedó mirando el transmisor con ojos sorprendidos. Bruscamente, alguien exclamó:

—¡Ed!

Giró la cabeza hacia allá.

—Hola, Sam. —Sam Latourette, su ayudante en jefe, se le había acercado en silencio. Era un hombre de huesos pesados, con la piel flácida y fina como el papel y los ojos hundidos, rodeados por círculos oscuros. Hawks le sonrió con tristeza—. ¿Ya ha terminado con su investigación el equipo de transmisión?

—Encontrarás los informes sobre tu escritorio por la mañana. No había ningún fallo en la maquinaria. Nada en ninguna parte. —Latourette esperó que Hawks mostrara un indicio de interés. Sin embargo, éste se limitó a asentir. Apoyó una mano sobre un tirante vertical y escrutó la plataforma de recepción. Latourette gruñó—: ¡Ed!

—¿Sí, Sam?

—Basta. Te estás haciendo demasiado daño a ti mismo. —De nuevo esperó alguna reacción; pero Hawks se limitó a sonreír en dirección a la máquina, y Latourette estalló—: ¿A quién crees que estás engañando? ¿Cuánto tiempo llevo trabajando contigo? ¿Diez años? ¿Quién me dio mi primer trabajo? ¿Quién me entrenó? ¡Puedes mantener la fachada con cualquiera, pero no conmigo! —Latourette cerró los puños y apretó los dedos hasta dejarlos blancos—. ¡Te conozco! Pero..., ¡maldita sea, Ed, no es culpa tuya que esa cosa esté ahí fuera! ¿Qué es lo que esperas..., que nadie resulte herido jamás? ¿Qué quieres..., un mundo perfecto?

Hawks volvió a sonreír del mismo modo.

—Abrimos un portal donde nunca hubo uno —comentó, indicando con un gesto de su cabeza los mecanismos—, en una pared que no construimos nosotros. A eso se le llama investigación científica. Luego, enviamos hombres a través de ese portal. A eso se le llama aventura humana. Y al-

go en el otro lado: algo que jamás molestó a la humanidad; algo que nunca antes nos hizo daño alguno o nos perturbó con el conocimiento de que estaba allí, los mata. De formas terribles que nosotros no podemos comprender, los mata. Así que yo continúo enviando más hombres. ¿Cómo se llama a eso, Sam?

—Ed, estamos haciendo progresos. Esta nueva aproximación va a ser la respuesta.

Hawks miró con curiosidad a Latourette.

Incómodo, Latourette dijo:

—Una vez que desentrañemos su funcionamiento. Es lo único que nos hace falta. Eso es lo que conseguiré hacernos avanzar, Ed..., lo sé.

Hawks no cambió de expresión ni apartó el rostro. Permaneció con las yemas de los dedos presionadas contra el crujiente acabado gris de la máquina.

—¿Quieres decir... que ya no los estamos matando? ¿Que sólo hacemos que se vuelvan locos?

—Lo único que tenemos que hacer, Ed —insistió Latourette—, todo lo que tenemos que hacer, es encontrar un método mejor de suavizar el impacto cuando el hombre siente su muerte. Más sedantes. Algo así.

—Y todavía tendrán que seguir yendo a ese lugar —expuso Hawks—. El cómo lo hagan no establece ninguna diferencia; no los tolerará. Nunca fue ideado para que los seres humanos tuvieran algo que ver con él. No fue realizado para que la mente humana lo midiera en términos humanos. Debemos inventar un nuevo lenguaje para describirlo, y una nueva forma de pensamiento con el fin de que podamos comprenderlo. Sólo cuando consigamos desarmarlo, sea lo que fuere, y veamos, y sintamos, y probemos todas sus piezas, sólo entonces seremos capaces de aventurar su naturaleza. Y eso únicamente ocurrirá cuando logremos atravesarlo; entonces, ¿qué bien le proporcionará nuestro nuevo conocimiento a estos hombres que tienen que morir ahora? Sin importar qué lo pusiera ahí arriba, sin importar el

porqué, ningún ser humano será capaz de vivir en él hasta que los seres humanos no consigan sobrevivir al atravesarlo. ¿Cómo vamos a explicarle eso en un inglés directo a un hombre cuerdo para que pueda entenderlo? Estamos tratando con una cosa monstruosa. En un sentido, hemos de pensar como monstruos, o no acercarnos más a él y dejar que siga emplazado allá en la Luna, sin que nadie sepa el motivo.

Latourette extendió velozmente el brazo y le tocó la manga de la bata.

—¿Vas a cancelar el programa? —Hawks le miró. Latourette le aferraba el brazo—. Cobey. ¿No te está ordenando que lo cierres?

—Cobey sólo puede formular peticiones —repuso Hawks amablemente—. No puede darme órdenes.

—¡Es el presidente de la compañía, Ed! Puede hacerte la vida imposible. Se muere por sacar a la Continental Electronics fuera de este anzuelo.

Hawks apartó la mano de Latourette de su brazo y la colocó sobre el revestimiento del transmisor. Se llevó las palmas a los bolsillos traseros, echando hacia atrás la bata blanca de laboratorio.

—La Marina financió originalmente el desarrollo del transmisor sólo porque era una idea mía. No habrían entregado esa cantidad de dinero por nadie más en este mundo. No por una idea tan descabellada como ésta. —Miró a la máquina—. Incluso ahora, a pesar de que el lugar que encontramos es como es, no permitirán que Cobey se retire por su propia iniciativa. No mientras crean que yo lo puedo hacer funcionar. No necesito preocuparme por Cobey. —Sonrió con suavidad y con un leve toque de incredulidad—. Cobey ha de preocuparse de mí.

—Bueno, ¿y qué me dices acerca de ti? ¿Durante cuánto tiempo más podrás mantener esto?

Hawks retrocedió. Miró pensativamente a Latourette.

—¿Nos estamos preocupando ahora por el proyecto o por mí?

Latourette suspiró.

—De acuerdo, Ed, lo siento —dijo—. Pero ¿qué vas a hacer?

Hawks contempló arriba y abajo la gigantesca altura del transmisor de materia. En el espacio del laboratorio que había detrás de ellos, los técnicos ya apagaban las luces en las diversas subsecciones de los varios sectores de control. La oscuridad cayó en masas horizontales a lo largo de las galerías de instrumentos y formó diagonales negras, como espantapájaros clavados sobre las pasarelas de arriba. Avanzó por entre un cuerpo proliferante hacia la solitaria lámpara verde que brillaba encima de la mitad del panel «NO Activado» del cartel verde y rojo de «Activado/NO Activado» pintado sobre el dintel del transmisor.

—No podemos hacer nada acerca de la naturaleza del lugar al que van —repuso Hawks—. Y ya hemos alcanzado el límite de nuestra capacidad para mejorar la forma en que les enviamos allí. Me parece que sólo nos queda una única cosa. Hemos de hallar a una clase de hombre distinto al que enviar. Un hombre que no enloquezca cuando se sienta morir.

Miró con expresión burlona el interior de la máquina.

—Hay toda clase de gente en el mundo —prosiguió—. Quizá logremos encontrar a un hombre que no le tema a la muerte, sino que la ame.

—Alguna especie de psicópata —comentó Latourette con amargura.

—Quizá sí. Pero creo que lo necesitamos pese a todo. —Por entonces se habían apagado todas las demás luces del laboratorio—. Todo se reduce a que necesitamos a un hombre que se sienta atraído por aquello que enloquece a otros hombres. Y cuanto más atraído se sienta, mejor. Un hombre que esté exaltado por la muerte. —Sus ojos se

desenfocaron y su mirada se extendió hacia el infinito—. Así que ahora ya sabemos lo que soy. Soy un chulo.

2

El director de personal de la Continental Electronics era un hombre de rostro ancho llamado Vincent Connington. Entró enérgicamente en el despacho de Hawks frotándose las manos. Vestía un traje shantung de color azul claro y unas botas vaqueras rojizas y, mientras se sentaba en la silla de los visitantes, entrecerrando los ojos al sol de media tarde que entraba por las persianas, miró a su alrededor y comentó:

—En mi despacho de arriba tengo el mismo mobiliario. Pero se ve bastante diferente, con el suelo enmoquetado y una buena pintura en las paredes —se volvió hacia Hawks con una sonrisa en el rostro—. Me alegra bajar hasta aquí y hablar con usted, doctor. Siempre he sentido una gran admiración por usted. Aquí está, llevando un departamento y sin embargo trabajando estrechamente con su equipo. Lo único que hago yo durante todo el día es permanecer sentado detrás de un escritorio y cerciorarme de que mis ayudantes manejan la rutina sin estropear nada.

—Parecen hacerlo bastante bien —dijo Hawks con un tono de voz neutral. Comenzó a erguirse de forma inconsciente en el sillón y a cubrir su cara con un gesto inexpresivo. Sus ojos se posaron por un momento en las botas de Connington y luego se apartaron—. Por lo menos, su departamento ha estado enviándome algunos técnicos excelentes.

Connington sonrió.

—Nadie los tiene mejores —Se inclinó hacia delante—. Pero es algo rutinario. —Extrajo del bolsillo exterior de la chaqueta el memorándum que le había enviado la oficina de Hawks—. Ahora bien, esto... De esta petición voy a encargarme yo personalmente.

—Espero que pueda —comentó Hawks con cautela—. Creo que llevará cierto tiempo encontrar a un hombre que reúna las especificaciones señaladas. Espero que comprenda que, lamentablemente, no disponemos de mucho tiempo...

Connington agitó una mano.

—Oh, pero si ya lo tengo. Llevo pensando en él desde hace mucho tiempo.

Hawks alzó las cejas.

—¿De veras?

Connington sonrió con astucia desde el otro lado del escritorio metálico.

—¿Le cuesta creerlo? —Volvió a reclinarsse contra el respaldo de la silla—. Doctor, suponga que alguien viniera a verle y le solicitara que le hiciera un trabajo especial..., diseñar un circuito para realizar una tarea determinada. Y suponga que usted abriera un cajón y sacara una hoja y le dijera: «Aquí está». ¿Qué le parece? Entonces, cuando esa persona sacudiera la cabeza y comentara cuánto le costaba creer que usted ya lo tuviera, podría explicarle que la electrónica era el trabajo que usted hacía *todo* el tiempo. Cómo, cuando no meditaba en un proyecto específico, seguía pensando en la electrónica en general. Y cómo, al estar interesado en la electrónica, se mantenía al día de todo lo nuevo que surgía y tenía una idea bastante precisa de hacia dónde avanzaba; y cómo anticipaba algunos de los problemas con los que podría encontrarse y cómo, a veces, las respuestas surgían en su cabeza de forma tan fácil que apenas podía llamarlo trabajo. Y cómo usted archivaba todas estas cosas hasta el momento en que tenía que sacarlas a

la luz. ¿Lo ve? De esa forma no existe la magia. Se trata sólo de un hombre con un talento que realiza su trabajo.

Connington volvió a sonreír.

—Bien, dispongo del hombre que ha nacido para trabajar en este proyecto suyo. Le conozco a la perfección. Y también le conozco un poco a usted. Reconozco que aún me queda mucho por descubrir de usted, aunque no creo que nada de ello vaya a sorprenderme. Y tengo a su hombre. Está sano, disponible, y lo he sometido a una investigación de seguridad cada seis meses durante los últimos dos años. Es todo suyo, doctor. No estoy bromeando.

Connington entrelazó las manos en el regazo y las arqueó hacia atrás, haciendo sonar los nudillos.

—¿Sabe, doctor? —dijo suavemente—, usted no es el único manipulador que hay en el mundo.

Hawks frunció ligeramente el ceño.

—¿Manipulador? —Su rostro permanecía inexpresivo.

Connington se rió suavemente entre dientes, con una especie de broma privada que bullía en su interior.

—Hay todo tipo de personas en este mundo. Sin embargo, se engloban en dos grupos: uno grande y el otro más reducido. Hay gente a la que se aparta del camino y otra a la que se coloca en la fila; y, luego, está la gente que se encarga de moverla. Es más seguro y mucho más cómodo ir hacia donde te empujan. Así, no asumes ninguna responsabilidad y, si haces lo que te dicen, cada dos por tres te arrojan un pescadito.

»Ser un manipulador no es seguro, porque corres el riesgo de encaminarte hacia un agujero; y tampoco es cómodo, ya que tienes que dar y recibir muchos codazos y, lo que es más, depende de ti que consigas el pescadito. Sin embargo, es endemoniadamente más divertido. —Miró a Hawks a los ojos—. ¿No es cierto?

—Señor Connington... —comenzó a decir Hawks, y le devolvió la mirada al hombre—. No me convence. Este individuo que solicité tendrá que ser de un tipo muy espe-

cial. ¿Está seguro de que me lo puede proporcionar de inmediato? ¿Quiere insinuarme que el hecho de que lo tenga preparado, tal como usted dice, *no es un alarde de anticipación*? Quizás tenga usted algún otro motivo, y se esté aprovechando de una coincidencia afortunada.

Connington se recostó con indolencia, se rió entre dientes y sacó un verdoso cigarro de la cigarrera de piel que llevaba en el bolsillo de la chaqueta; le quitó la envoltura, cortó el extremo con unas pequeñas tijeras doradas sujetas a la cigarrera por una cadena de oro, y utilizó un mechero que llevaba en una funda dorada con un rubí engastado en un costado. Aspiró y dejó que el humo se deslizara por entre sus dientes grandes y parejos. Sus ojos brillaron detrás del flotante humo que pendió en el aire delante de su rostro.

—Mantengámonos dentro de los límites de la educación, doctor Hawks —repuso—. Analicemos la cuestión bajo la luz de la razón. La Continental Electronics le paga a usted por dirigir la División de Investigación, y usted es el mejor en su campo. —Connington adelantó levemente el torso, movió un poco el cigarro entre los dedos y cambió la curvatura de su sonrisa—. La Continental me paga a mí para que dirija el Departamento de Personal.

Hawks meditó durante un segundo y luego comentó:

—Muy bien. ¿Cuándo podré ver a este hombre?

Connington se echó de nuevo hacia atrás y le dio una satisfecha calada al cigarro.

—Ahora mismo. Vive cerca de aquí. ¿Sabe dónde está el camino costero que sube hasta los riscos?

—Conozco el emplazamiento general.

—Suficiente. Si dispone de una hora o así, ¿qué le parece si le hacemos una visita?

—No tengo otra cosa que hacer si resulta que no es el hombre adecuado.

Connington se estiró y se puso de pie. El cinturón resbaló debajo de la protuberancia de su estómago, y se de-

tuvo para subirse los pantalones.

—Usaré su teléfono —musitó indiferentemente, con el cigarro sujeto entre los dientes, y alargó el brazo por encima del escritorio de Hawks. Llamó a un número exterior y habló brevemente con alguien, durante un momento con tono áspero, anunciándole que iban para allá. Luego llamó al garaje de la compañía y ordenó que llevaran su coche a la entrada principal del edificio. Cuando colgó el receptor, rió de nuevo entre dientes—. Bueno, es hora de que bajemos; el coche ya estará allí.

Hawks asintió y se puso de pie.

Connington le dirigió una sonrisa.

—Me gusta cuando la gente me da cuerda suficiente. Me gusta la gente que no abandona su suspicacia cuando les ofrezco lo que buscan. —Aún seguía disfrutando de su broma secreta—. Cuanta más cuerda obtengo, más espacio me brinda para moverme. Usted no lo ve de esa forma. Usted ve a alguien que puede llegar a causarle problemas, y se cierra en sí mismo. Se mete en una concha y no sale de ella, porque teme que sea un problema que no pueda manejar. Es lo que la mayoría de la gente hace. Ésa es una de las razones por las que un día de éstos voy a llegar a ser el presidente de esta corporación, mientras que usted aún seguirá siendo el jefe de la División de Investigación.

Hawks sonrió.

—¿Qué le parecerá, entonces, cuando tenga que ir a la Junta Directiva a decirles que mi salario ha de ser mayor que el de usted?

—Sí —comentó, Connington pensativo—. Sí, eso ocurriría. —Miró de soslayo a Hawks—. Además, habla en serio. —Tiró la ceniza de su cigarro en el centro del secante que había en el escritorio de Hawks—. De vez en cuando debe sentir usted calor dentro de su traje de aislamiento, ¿verdad?

Hawks miró inexpresivamente la ceniza y luego al rostro de Connington. Abrió un cajón de la mesa, sacó un peque-